



Daniel Deronda es una novela en toda la extensión de la palabra. Última obra de su autora, la escritora George Eliot (1810-1880), relata (con toda la experiencia de sus 57 años de vida) la historia de un puñado de personajes en la Inglaterra de 1865. Mary Anne Evans, escondida detrás del nombre de George Eliot, no se compadece de sus personajes y los describe en lo bueno y en lo malo, sin ahorrarse detalles. Tan exhaustiva y exacta es su descripción psicológica, que no sólo son tan reconocibles que podrían aparecer a la vuelta de la esquina aquí y ahora, sino que el propio lector se reconoce a sí mismo en ellos una y mil veces a lo largo de la lectura. Mary Anne Evans no se compadece de sus personajes, pero sí tiene a sus favoritos, aquellos en los que se detiene por más tiempo.

Daniel Deronda, un joven compasivo y justo, criado por un noble del que piensa que es hijo ilegítimo, atormentado por el desconocimiento de sus propias raíces, al que da una familia y una herencia cultural.

Mirah, joven judía cuya infancia y adolescencia han sido duras y tristes, totalmente desesperanzada cuando nos la encontramos, ya avanzada la novela, a la que da una nueva vida.

Gwendolen, verdadera protagonista de la novela, malcriada, desconsiderada y egoísta, a la que da la oportunidad de reparar el daño causado y liberarse de su culpa.

Mordecai, judío enfermo y desahuciado, al que da la oportunidad de transmitir su sabiduría, cumpliendo así con su destino.

Los mejores escritores del siglo XIX son grandes costumbristas. Victor Hugo, Dickens, Balzac, Thackeray nos explican más vivazmente lo que eran el París y el Londres de su época que muchos historiadores. George Eliot sigue esta tradición, mostrándonos la sociedad victoriana en la que vivió, clasista, muy dura para algunos y fácil (aunque dicha facilidad sea muchas veces superficial) para los menos. Era ésta una sociedad que rechazaba aquello que no cuadraba con lo “aceptable”. Ella misma sufrió este rechazo, tanto por parte de su padre, cuando decidió dudar de la religión que le habían enseñado, como por parte de su entorno, cuando decidió unir su vida a la de un hombre casado. Estas experiencias, que demuestran su fortaleza, no pasaron por ella en balde, causándole un sufrimiento que, ¡cómo no!, vuelca en su obra como nadie, e incluso se permite una autoparodia al describir una mujer que ha elegido renunciar a la vida que otros han elegido para ella y seguir su propio camino, aunque el resultado no termine siendo el que deseaba.

Las circunstancias de su vida y sus propias inclinaciones convirtieron a George Eliot en una mujer de alto nivel intelectual, escritora, traductora, que se relacionaba con otros intelectuales de su época, tanto ingleses como suizos, americanos... A uno de estos personajes (el estudioso del Talmud Immanuel Oscar Menahem

GEORGE ELIOT, *Daniel Deronda*, traducción de Jacinto Fombona, Homo Legens, Madrid, 2010, 1022 pp. ISBN 978-84-92518-53-1. (*Daniel Deronda*, 1876.)

Deutsch) se atribuye por algunos el alto conocimiento que tenía de la tradición judía, de su lenguaje, sus costumbres, su sociedad y sus anhelos, y que sorprende a los lectores de la novela.

Eliot nos relata la difícil situación de los judíos en la Inglaterra victoriana, despreciados por la alta sociedad de la época, y caricaturizados como avaros, sucios, maniáticos... como extraños, en definitiva. Y lo hace con la valentía de la edad y del éxito (fue una autora muy leída desde sus comienzos), con la empatía propia de quien también se siente extraña y rechazada, y con la erudición propia de la traductora de la *Vida de Jesús* de Renan (su primera traducción) y de la estudiosa del antiguo Testamento que fue. ¡Qué paradoja que fuera este mismo país el que unos años después, en 1917, necesitado de los fondos judíos durante la Primera Guerra Mundial, firmara la Declaración de Balfour, favorable a la creación de un hogar nacional judío en el Mandato Británico de Palestina!

El pueblo judío está personificado en la obra en Mordecai que, como él, se encuentra en una situación terminal, y acude a la memoria, al recuerdo y a la transmisión de su cultura y tradición en las condiciones más adversas como única posibilidad de permanecer vivo.

El público inglés, pese al éxito de la obra, no recibió bien el hecho de que una de sus escritoras de más éxito abordara de manera tan exhaustiva y profunda el mundo judío. De hecho, como indica A. S. Byatt, en su estupenda Introducción de la también estupenda edición inglesa de la novela efectuada por Everyman's Library, el crítico F. R. Leavis (contemporáneo de Eliot), consideraba que la obra tenía dos partes diferenciadas, la "inglesa" y la "judía", y que perfectamente podría publicarse prescindiendo de la parte "judía" (según Byatt, de estilo más pesado), con el título de *Gwendoline*.

Todos necesitamos alguien que nos salve. Daniel Deronda es el Mesías que viene a salvar a varios de los personajes que le acompañan mediante su comprensión, su escucha y su honestidad. Y se propone salvar al pueblo judío, encontrando así un destino para su desorientada y desocupada, hasta entonces, vida.

No podemos olvidarnos del retrato de la feminidad que hace George Eliot. Describe la apocada y olvidada situación de las mujeres que, de una manera u otra, no se rebelan contra su destino (las hermanas y la madre de Gwendoline, las hijas de Sir Hugo, la propia Sra. Mallinger, la tía de Gwendoline) frente a las que sí que luchan y sufren por ello (la srta. Arrowpoint, Gwendoline, Mirah, la princesa Halm Eberstein, la Sra. Gasher), y que sólo por esto, consigan o no sus objetivos, viven una vida que merece la pena ser vivida.

Nos ofrece también un completo retrato de la maternidad, más valioso aún por provenir de una mujer que no tuvo hijos y que perdió a su propia madre a los 17 años. Nos describe a mujeres entregadas a sus hijos y al destino, a otras entregadas a sus hijos pero jamás al destino y, también, a quienes ni a sus hijos ni a su destino se sacrifican. Y a todas las comprendemos.

Grandes novelas son aquellas que trazan lo que es el bien y lo que es el mal. Y George Eliot lo hace en Daniel Deronda con tanta claridad como el sacerdote que nunca hubiera querido ser.

Es una pena que Eliot, traductora de Feuerbach y de Spinoza, entre otros, no haya encontrado en esta edición una traducción a su altura. Los innumerables e inexplicables errores, de todo tipo, que contiene la misma convierten muchos de los certeros juicios de la escritora en frases absurdas que interrumpen la lectura coherente del texto.

Hay que resaltar, por último, que cada capítulo comienza con citas de grandes autores clásicos y contemporáneos (Montaigne, Keats, Goethe, Whitman, Dante, Shakespeare, Shelley) que de-





muestran la erudición de la autora y prologan el capítulo a la perfección: se devoran con fruición antes de comenzar su lectura, y se vuelven a leer al acabarlo, cobrando entonces pleno sentido.

Mercedes Vallejo